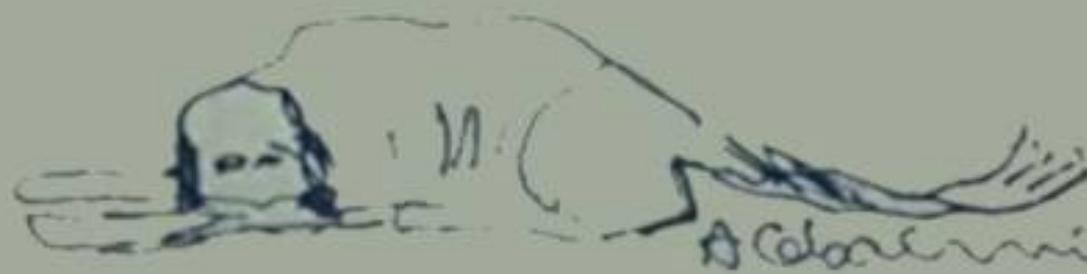


DIARIO
DE
TIPACOQUE



E. Caballero Calderón

«Diario de Tipacoque» fue publicado en 1950 por la Editorial ABC en la ciudad de Bogotá. Este libro trata sobre la vida del autor que se va vivir a Tipacoque con su familia. Eduardo convive con muchas personas y muchas situaciones de las cuales saca algo nuevo para aprender y recuerda viejos tiempos junto a sus viejos amigos.

En el «Diario de Tipacoque» el mismo escritor anota que gran parte de esta obra es una reflexión sobre la tierra de sus ancestros y por esto considera que «es un libro sin trama, en que no pasa nada. No es historia, ni ensayo, ni novela, cuando ha debido ser una de estas tres cosas para ceñirse al arte clásico de la narración, que se mide, pesa y descuartiza en los manuales de preceptiva literaria». En general, las obras dedicadas al terruño del escritor colombiano, se percibe la herencia de los cuadros de costumbres del siglo XIX, aunque a diferencia de estos últimos, la obra es un retrato cronístico de tipo periodístico, con una amplia visión antropológica.

INTRODUCCIÓN

ME ATREVO a presentar ahora a mis lectores este Diario de Tipacoque, que constituye en cierto modo una segunda parte del "Tipacoque" que apareció por primera vez en Bogotá hace diez años. Nació esta segunda parte de los apuntes que tomé cuando recalé en estas montañas por muchos meses, para capear una mala situación económica que me asaltó en Bogotá al regresar de Buenos Aires sin oficio ni beneficio. Luego viajé a España, donde permanecí dos años, y cuando al fin pude volver a Tipacoque, acompañado de una escolta militar que me facilitó el ministro de guerra (porque Tipacoque tiene un epílogo con escolta, que no escribo, porque me da vergüenza): cuando volví, me entró la tentación de releer aquellos papeles que tenía casi olvidados en un cajón del escritorio. Los ordené, corrigiendo apenas lo necesario para no quitarles su carácter de meros apuntes del natural, y así los doy a la stampa.

"Tipacoque" se publicó en Bogotá cuando me encontraba yo en el Perú, y tuvo una acogida que me sorprendió más que a nadie, porque en realidad lo había escrito sólo para mostrar a mi mujer cómo era ese país del que le había hablado tanto y al que debería llevarla algún día. Agotada la primera edición colombiana se publicaron luego dos en la Argentina, por la editorial "Amigos del Libro Americano". Esta vez me quedé perplejo, pues no soñaba que un libro tan local y doméstico como el mío, escri-

to para mi mujer y entretenición de mi nostalgia, pudiera interesar a los lectores extraños no sólo de Colombia sino de otras partes.

Esto me ha decidido a sacar el Diario, que es la continuación o segunda parte de "Tipacoque". Desafío conscientemente, pues, aquello de que "nunca segundas partes fueron buenas". La primera fue escrita de memoria y sobre recuerdos, muy lejos de Colombia, como ya dije; la segunda fue redactada en el corredor grande, como quien toma apuntes del natural, y a la vista de su modelo: y en esto está la principal diferencia entre "Tipacoque" y el Diario.

La buena suerte con que ha rodado "Tipacoque" por el mundo me ha convencido de que en el fondo no es una obra regional, aunque así lo parezca y lo creyera yo, pues resulta que los tipacoques no son una variedad curiosa, una familia humana que sobrevive milagrosamente como las iguanas de las rocas del Chicamocha, sino un género americano: el género colonial campesino que está desapareciendo rápidamente en todas partes asfixiado por el tufo de la gasolina y por el estatismo, que son el perfume y el alma de los tiempos nuevos.

Ahora recuerdo que hace diez años, cuando publiqué mi primer libro sobre Tipacoque, mis amigos y colegas me hicieron estas dos críticas:

Primera: que es un libro sin trama, en el que no pasa nada. No es historia, ni ensayo, ni novela, cuando ha debido ser una de estas tres cosas para ceñirse al arte clásico de la narración, que se mide, pesa y descuartiza en los manuales de preceptiva literaria. Tampoco hay un personaje central, aunque estirando un poco la cuerda de las concesiones, ese tal pudiera ser la tierra sembrada de cañaverales y fragante del aroma que despiden los trapiches cuando hay molienda; o pudiera ser el autor, en quien admira la impúdica falta de sensibilidad social, la indecente complacencia en una organización desueta de la vida, cuando ha-

bía patrones y arrendatarios, amos y criados, etc... Y ese tal era yo.

Aquella vez, no respondí nada. Aunque hubiera podido decir que la vida de Tipacoque es un libro sin trama, una historia sin personaje, un ensayo sin pies ni cabeza, como es la vida verdadera y no la vida inventada. Cuando me puse a escribir, me encontraba muy lejos de aquí, y sólo quería recordar mi tierra, que es para mí una imagen multiforme, siempre cambiante y siempre presente en mi memoria. Mis críticos no quisieron ver esto, porque ellos no se concretan a juzgar los libros según fueron escritos, sino como ellos los hubieran querido escribir, que es cosa muy distinta; por lo cual es la suya una de intenciones, y no de hechos, como debe ser la verdadera crítica.

La segunda que me hicieron fue mucho más acertada. ¿Por qué, decían, escribe este hombre un libro tan municipal, tan mezquino, tan doméstico, que discurre en un solar estrecho que puede abarcarse con la vista y recorrerse a caballo? Yo hubiera podido responder entonces, de tener algún interés en disculparme, que no quise escribir para el mundo, ni para la historia, ni para los críticos, sino para mí solo, y los límites de mi corazón son esos. No propiamente para ponerle bardas al campo, sino para que quedara bien claro mi modesto propósito de meter otra vez las narices en mi mundo alucinante de Tipacoque, le puse a esta segunda parte el apelativo de Diario.

Y de prólogo basta. No sé si al lector le pase lo que a mí, que detesto los prólogos y salto sobre ellos como sobre candela, para no chamuscarme la ropa; porque fuera de rellenar páginas y matar el tiempo, a mí me parece que no sirven de nada.

EL REGRESO

HACÍA ya mucho tiempo que no venía a Tipacoque, pero la nostalgia de sus breñas escarpadas, sus cañaverales que se amarillan al sol y su vieja casona, llena de gentes y animales que sirven de fondo a mis mejores recuerdos, me atormentaba siempre, aun en ciudades amables y ruidosas como Buenos Aires donde había vivido los últimos dos años. Mi padre deliraba por volver a la patria, que para él se reducía físicamente a este cañón del Chicamocha donde los hombres son buenos, transparentes y silenciosos como el agua. En las tardes abrasadas del verano, cuando a las orillas del Plata sentía que le faltaba el soplo y la muerte le golpeaba en las puertas del corazón, decía que no perdía la esperanza de volver por última vez a Tipacoque. Pensaba que su aire tibio y seco, su viento refrescante, su perfume a panela y azahar, le devolverían la vida que se le estaba escapando con el aliento, poco a poco. Pero no pudo realizar su deseo y la muerte le sorprendió en la Sabana de Bogotá, sin haber emprendido viaje a Tipacoque. Tal vez, para él, Tipacoque era el cielo y el viaje no podía ser sino la muerte.

Basta volver al campo, después de un largo viaje y una prolongada ausencia, para encontrar otra vez un mundo de cosas fundamentales que en la ciudad no se hallan nunca: para encontrarse a sí mismo, en primer lugar, porque en la ciudad el hombre se pierde y se desnaturaliza.

La vida urbana no es sino artificio. No es menester aprender estas verdades en Pascal, en Montaigne, en fray Luis, viejos libros amados que me acompañan sobre la mesita de noche. Ya no necesito leerlos. Su sola presencia, como ocurre con la de los amigos con quienes convivimos desde la infancia, es más expresiva y operante que la misma palabra. De todas las lecturas apresuradas que hago en la ciudad siempre vuelvo a lo mismo, a mí mismo, sólo que para encontrarme tengo que *regresar*, no que ir, al campo. Esta anotación puede parecer pueril y sentimental, y voy a profundizarla un poco mientras me viene el sueño...

(Son apenas las nueve y media, y sin embargo se diría que es la media noche. Mi espíritu flota en la dulce serenidad de la media noche, pero mi cuerpo se apega todavía a las costumbres urbanas, y como apenas son las nueve y media, se resiste a aflojarse, a abandonarse y a descansar).

Si algo he sacado en limpio de mis viajes y mis lecturas, es el deseo cada vez mayor de volver a mí mismo. He visto que toda gran literatura es un retorno al campo, que es la soledad interior, y toda filosofía es la vuelta a la base del conocimiento, que es el hombre. Sócrates se paseaba descalzo por las plazas de Atenas y por los *Diálogos de Platón*, no pidiendo, no predicando, no aconsejando sino la vuelta del hombre a su morada interior. Descartes echó pie a tierra y no encontró nada más firme que su yo, para sostener el universo. La filosofía de Kant se reduce a buscar las leyes que rigen el pensamiento sobre el mundo exterior, y las halla en su conciencia. Los filósofos más recientes, en una parábola cuyo foco es la angustia, comienzan a investigar por el principio, y el principio es el hombre que siente, sufre, desea, vacila, y finalmente piensa. Cada vez que se sale y se desborda de sí mismo, pierde pie y naufraga en un materialismo seco y estéril, como los muros de cemento de una ciudad. Entonces se desespera y vuelve a sí, es decir, al campo y a su soledad interior. Si allí no en-

cuentra la solución de su problema, por lo menos halla el reposo.

También el hombre común y corriente quiere regresar a sí mismo. Hoy era sábado y cuando venía por la carretera del norte pude ver una caravana de trenes y automóviles que conducían al campo a una muchedumbre de ricos y pobres, hartos de la ciudad. Más que el aire puro y la yerba salvaje y el cielo sin cuerdas de telégrafo, sin bombillas del alumbrado público, sin horizonte recortado por las fachadas grises de los edificios, desean su soledad y el paisaje. En la ciudad la vida es apresurada y demasiadas cosas requieren su pensamiento. Éste se vuelca sobre el mundo exterior, que es lo único que en la ciudad tiene una apariencia de vida, y se evapora de nuestra propia intimidad. Nos reclaman necesidades elementales y ruines, cuya inmediata satisfacción adquiere el carácter de problema cotidiano, y se convierte en el fin de la vida misma. Vivir para seguir viviendo, ese es el círculo vicioso de la vida urbana. Pero tan corrompido y echado a perder está el hombre de las ciudades, que ha deformado la clara visión del campo. Trabaja y se desvela para buscarlo, no dentro sino fuera de sí, por lo cual su aspiración se endereza a tener una casa en descampado adonde la ciudad se presente a los sentidos por el conducto de la radio, el periódico, el whisky, los vecinos amables y la conversación sobre temas políticos. Desea un campo urbanizado, que es la flagrante contradicción del campo. Y en esto le ocurre más o menos lo mismo que a esos melancólicos pensadores de la edad moderna, que pretenden, para enaltecer y dignificar al hombre, llevar la ciudad a los más apartados rincones de su alma, con lo cual consiguen lo contrario de lo que se proponen ya que "urbanizar" al hombre significa deshumanizarlo y sacarlo de quicio.

¿Qué es lo que el hombre encuentra, o busca, en el campo? Yo de mí sé decir que la soledad, y la belleza eterna de las cosas. Puede decirse que estas no son sino pala-

bras y palabras, mera literatura; pero no hay tal. Al desmenuzar esta placidez en que ahora me encuentro (y en verdad, es un encuentro conmigo) hallo que significa cosas muy importantes. Mi espíritu comienza a reverdecer como una planta que se saca del invernadero y se restituye a la colina natal, a la orilla del río patrio que corre eternamente por su cauce salpicado de piedras. Descubro en primer lugar una mayor atención por mí mismo, y una total penetración de mi alma y un paisaje en el cual ella se expande. Percibo un ritmo más lento y pausado en mis funciones vitales. La intuición de lo eterno, considerado como una permanencia más que como una sucesión indefinida, se ha plasmado y petrificado en este silencio denso de mi cuarto, y en sus cuatro paredes de tierra pintadas al revoque, fuertes y espesas...

(Pero dejaré para otro día la reflexión sobre estas cosas, porque ya tengo sueño...)

Antes quería decir que llovió atrozmente en el páramo de Guantiva, y el invierno mostraba los estragos que estaba haciendo en Tipacoque. La quebrada arrastraba hacia el Chicamocha la tierra desvolcanada de las orillas. Como la toma se había botado con la borrasca de la noche anterior, no había más luz en la casa que la de unas velas temblorosas. El corredor estaba desierto, oscuro, sonoro. Los cuartos, invadidos por sombras misteriosas, parecían más grandes. En la huerta cantaba un pájaro de mal agüero. Sentí otra vez la tibieza familiar de la casa, que me arropaba bajo su alero como una gallina maternal. Su silencio, poblado de antiguos ruidos naturales —el bramido de un ternero en la pesebrera, el canto de un gallo desvelado, el rumor de la lluvia— me arrulló como una vieja canción olvidada; y me quedé profundamente dormido, como no había vuelto nunca a dormir...

OBERTURA CAMPESTRE

¡QUÉ maravilla de Dios es despertar en el campo!

Muy de mañana se me entró el sol a raudales por la puerta abierta de par en par, y una nube de gruesas moscas comenzó a girar en la columna luminosa, densa y tibia, que partía en dos la penumbra de mi cuarto. Al poco rato, las paredes altas y escuetas comenzaron a brillar con una blancura de celda. Lolita, que es boba, entró con un vaso de leche espumosa, recién ordeñada, que olía a establo y a heno. La bebí lentamente, a sorbos; luego crucé los brazos por detrás de la nuca y me puse a escuchar los rumores que venían del patio...

Todos, hasta los más próximos, parecían llegar de muy lejos pues habían dejado enredada su rústica aspereza en los cañaverales que se esponjan al sol, y en el follaje de los naranjos de la huerta. El ámbito rural los adelgaza por el camino; la luz los pulveriza y la lejanía los purga de toda escoria terrestre. Al cabo de un rato de estar pendiente de ellos, escuchándolos, descubrí que se van relacionando unos con otros, atraídos por una misteriosa correspondencia. Acaban componiendo una obertura matinal que despierta dormidas resonancias en las cuerdas espirituales de mi alma; y estas se ponen a vibrar otra vez removiendo recuerdos que ya creía olvidados del todo e imágenes que durante años permanecieron en la sombra.

Estas cosas menudas harán sonreír piadosamente a mis amigos de la ciudad, atentos ahora al rumor disonante de la calle, que penetrará subrepticamente a su» alcobas por las rendijas de la ventana. Y sin embargo, yo creo que ellos no saben oír. Lo que ellos llaman las “palpitaciones universales”, que llegan resumidas en grandes titulares en las páginas de su periódico, ¿no son acaso menos vivas, menos humanas, que estas cosas menudas que estoy analizando? ¿Cuáles serán más permanentes, las mías o las que reflejan los diarios? Las guerras, la política, los problemas sociales, la angustia económica, todo pasa y caduca más o menos pronto, pero este despertar campesino, este milagro de abrir los oídos al campo cuando amanece: ¿no ha persistido y durará al través de los años y las generaciones?

En la ciudad todo resuena y rechina, y en el campo todo me parece que canta. El estrépito que producen las máquinas y el estruendo de las muchedumbres son cosa tan ingrata y repelente, que a veces quisiera tener párpados en las orejas, para no oír más. Las gentes hablan demasiado aprisa, sugiriendo muchas cosas a la vez. Aturden las bocinas de los automóviles, ruedan pesadamente los tranvías, gritan los vendedores ambulantes, y hasta la música arrojada a la calle por los altoparlantes de los cafés, se desnaturaliza, se envilece y se convierte en un ruido más. No hay más remedio, para aislarse, que cerrar voluntariamente los oídos al estruendo urbano, o que volverse necio y estúpido como la muchedumbre para no escuchar esa protesta del corazón que nos sube a la boca. La discordancia, la incoherencia melódica de las ciudades causa un malestar general que ensombrece y arruga el rostro de los ciudadanos. Como existe la obligación de oír siempre y a pesar de sí mismo, se ven de pronto seres absurdos y desequilibrados que vagan por las calles como sonámbulos, sordos a fuerza de escuchar, y mueren aplastados por un tranvía o se tiran enloquecidos bajo las ruedas de los

automóviles. De tanto oír sin querer, ya se olvidaron de escuchar. Cuando alguna vez, para escapar al demonio del ruido, vienen al campo, el silencio los asusta más que la soledad. Como ya no son niños que para acompañarla y huir de ella cantan en los cuartos oscuros, poblados de fantasmas de sonidos, inventaron la radio para que el ruido urbano, mecánico, estridente, los acompañe y los aturda en todas partes. Son pobres sordos que ya no pueden comprender la música sosegada del campo, la melodía vital del viento en los follajes, la sinfonía campestre que improvisa la lluvia cuando cae sobre las tejas y salpica sonoramente en un cubo de lata que alguien dejó olvidado en el patio.

Muchas gentes acaban por acostumbrarse al ruido amenazador de las muchedumbres y las ciudades, y aman la sorda crepitación de las fábricas, y el trueno de los tranvías que se arrastran mordiendo los rieles, y el ronquido de los motores de explosión, y el clamor de las radios, y los gritos que se levantan un momento sobre el estruendo general y vuelven a caer, a naufragar, ahogados en la inarmónica voz de la calle. Los sonidos ya no despiertan sugerencias, sentimientos, imágenes e ideas, en esas almas atolondradas. El torrente sonoro pasa de oreja a oreja, sin producir vibraciones en el oído que es un órgano hecho para disociar, calibrar, sopesar y calificar los sonidos, relacionándolos unos con otros para formar naturalmente con ellos una melodía. El hombre de la ciudad ya no busca ni entiende el tema musical que acaricia el oído interno, y de ahí que haya inventado, para solaz de sus muchedumbres estúpidas y sordas, una música sincopada y estridente que sólo se alimenta de ritmo. El ritmo sin soporte melódico es puro ruido, es lo mecánico frente a la música que es libre y espiritual.

A Dios gracias yo no me dejo absorber por el tumulto urbano, y fomento en mi espíritu con todas mis fuerzas el horror al ruido y el tedio de la muchedumbre. Todavía

puedo gozar escuchando la sinfonía campestre, mientras divago con las manos cruzadas por detrás de la nuca, solo, a muchas leguas de la ciudad.

Y entonces las notas, y los acordes, y las escalas, me llegan distintamente, y se enlazan entre sí, componiendo más que una sinfonía un ambiente melódico que estimula mi espíritu y al mismo tiempo lo sosiega. Cierro los ojos, todavía pesados de sueño, y el campo entero me asalta los oídos. Cada sonido corresponde a una imagen y es como la exhalación vibrante de alguna cosa...

En el corredor de lajas, Germán Rubiano debe estar herrando algún muleto, porque hasta mí llega clara y límpida la voz del martillo al remachar la herradura en el casco...

Por el patio de la capilla pasa la recua de cabras que salen a triscar en el monte guiadas por Cabrencio, el cabrero, porque hay un sordo galope de cascos menudos que deben levantar una polvareda...

No me sorprendería que en la huerta estuviera Jesús Monsalve bajando naranjas y aguacates, con María del Carmen cargada al hombro, porque de tiempo en tiempo, como la nota de un contrabajo, se oye el golpe seco y asordinado de la fruta que cae por tierra. Otras veces vibra, como un coro de cuerdas, la rama de un árbol sacudida por la pértiga que debe empuñar en la mano...

Y si no me equivoco, ya soltaron los peones el riego de la huerta, porque un apresurado torrente musical ha empapado en sus líquidas ondas todos los ruidos de la casa, que antes se volatilizaban en el aire, secos y en stacatto.

En el corredor creo que ya terminó el herraje, y comenzó la faena de la doma del muleto, porque se oye un furioso repique de cascos en el empedrado y los cobres de los estribos tintinean un momento...

Alguien llama, en el barbecho lejano que se tiende allá arriba, como el fondo de un cuadro de los primitivos, a la

yunta que se apartó del arado y se fue a ramonear en la cerca cubierta de yerba. El grito del gañán, en falsete, cruza como una saeta vibrante por el paisaje...

Luego ladran los perros a algún viviente que pasa por el camino viejo, frente a la gruta de Nuestra Señora. Y en el lago, asustados, graznan los patos que a la sazón debían encontrarse con la cabeza hundida entre las aguas amarillentas, entregados a la pesca de gusanos y de lombrices...

¡Obertura matinal que en mis oídos va reconstituyendo uno a uno todos los elementos del campo, de mi campo! La campana de la capilla se echa a volar de pronto en su espadaña llamando a los pasteros que andan tamoteando por los potreros, y todo el paisaje se recoge un momento para escucharla. Su voz se alza en círculos lentos, rueda en pesados anillos, sin premura, por el aire quieto. Pero de pronto, en crescendo, todo comienza a vibrar. Los sembrados, sacudidos furiosamente, estallan como una orquesta de cuerdas. Los cedros del callejón se ponen a llevar el compás majestuosamente con sus coposos y aéreos ramares. Las hojas secas se arremolinan en el patio y comienzan a danzar tan de prisa que no resisten la tentación de volar y no tardan en convertirse en un enjambre de alitas temblorosas.

Mi mujer, cuyos pasos apresurados se oyen en el corredor, grita a lo lejos:

—¡Adentro, niña, que ha comenzado el viento!

María del Carmen y Luis juegan ahora en el corredor, ya familiarizados con sus descubrimientos de la víspera: con la tropa de cabras que salen de la pesebrera para el monte; con los muletos que Germán Rubiano doma en la carretera; con los perros que se despulgan al sol; con la gente silenciosa y tranquila que cruza por los vericuetos de la casa arrastrando las chancletas o los pies descalzos. Es tanta la algarabía que hacen mis hijos con sus gritos y

sus locas carreras, que ya no tengo más remedio que sacudir los últimos cendales de sueño que se me pegan a los párpados, y me levanto de la cama. Al salir al corredor, una bocanada de viento me hace doler los ojos. Cuando los abro, como un deslumbramiento aparece ante mí el paisaje familiar, bronco y salvaje, con su escenario de ciclópeas montañas y sus cañaverales amarillos que se despeñan sobre el Chicamocha. Y acodado a la baranda, absorto, embelesado, me quedo largo tiempo mirando llover.